

Inspectoría Salesiana San Pedro Claver
Bogotá [Colombia].



Padre ROBERTO PARDO MURCIA
Salesiano

88 años de edad, 63 años de Sacerdocio
y 71 de vida salesiana.

Villavicencio [Colombia], 10 de junio de 1887.
† Bogotá [Colombia]. 7 de julio de 1975.

Bogotá, Pascua de 1976

Queridos hermanos:

El 7 de julio pasado, nuestro querido e inolvidable hermano el P. Roberto Pardo Murcia entró a la participación en el triunfo de la pascua del Señor. Con cariño fraterno, lo mismo que en el apoteosis del día de su tránsito a la eternidad, nos recogemos ahora ante su memoria para aprender del libro abierto de su vida, en toda plenitud, la más auténtica lección de salesianidad.

Había nacido el 10 de junio de 1887 en Villavicencio, por entonces de 1.500 habitantes, primera ciudad de los Llanos Orientales que 9 años después serían frontera de avanzada del fervor misionero de los salesianos recién llegados a Colombia: la vocación del P. Pardo fue el primer fruto de tan generoso apostolado.

El mismo año de su nacimiento, fue bautizado el 15 de agosto, fecha predilecta de su vida pues fue la de su ordenación sacerdotal en 1912 y posteriormente en 1962 y en 1972 la de su Misa jubilar en sus bodas de oro y de diamante de su largo y meritorio sacerdocio.

A fines de siglo, el P. Ernesto Briata, director y párroco por ese tiempo de la casa salesiana de Villavicencio, dirigió al entonces jovencito de 12 años al incipiente Colegio de León XIII en Bogotá. La adolescencia perfiló claramente la opción salesiana del P. Roberto: era la fecundidad del ambiente de las casas de Don Bosco y del de una familia ejemplarmente cristiana. Por eso debemos consignar aquí con gratitud los nombres de don Roberto y doña Lastenia, quienes nos entregaron con tanta generosidad al hijo que sería uno de los salesianos de la primera hora en Colombia. Hay, a este respecto, un documento excepcional que bien vale la pena reproducir íntegramente. Se trata de una carta de respuesta al P. Roberto, quien frisaba en los 14 años y había pedido la autorización de sus padres para ingresar al Noviciado Salesiano. Está fechada el 16 de octubre de 1901 y dice: "Mi querido hijo Robertico: mi más constante y ardiente aspiración es verte hecho un sacerdote o ministro del Altísimo; en fuerza de esta aspiración creo de mi deber hacerte esta manifestación; pues estoy convencido que tú, en esta santa carrera te haces feliz y haces felices a tus hermanitos, a tu mamacita y a tu afectísimo padre que te bendice.

Roberto Pardo G.

P.D. Para mayor aclaración te significo que siendo tus deseos ser sacerdote religioso, no habrá molestia de mi parte ni de tu familia. Que Dios te bendiga. Tu Padre, Roberto”.

La bendición paterna lo estimuló para vivir plenamente un año más de preparación y de estudio y en 1903 el joven Roberto Pardo ingresó al Noviciado Salesiano, tocándole en suerte ser uno de los que inauguraban la nueva sede de Mosquera. Fue su maestro el P. Silvestre Rabagliati.

El 23 de Mayo de 1904, con la primera profesión trienal, a los 16 años de edad, comenzó a edificar Roberto Pardo el testimonio luminoso de 71 años de vida salesiana que para nosotros se han convertido en referencia obligatoria, pues se constituyó para los salesianos que somos responsables de la renovación postcapitular de la Congregación, en el más auténtico eslabón con los primeros tiempos de la presencia salesiana en América Latina y en Colombia, en fuente de tradición y en ortodoxia de salesianidad. Son las características luminosas de su perfil y los rasgos decisivos de su personalidad inconfundible. Cada uno de los pequeños trazos biográficos que aquí se condensan son, sin duda alguna, ricos filones de meditación y proyecciones del futuro.

SU SERVICIO A LA CONGREGACION.

La muerte le llegó al Padre Roberto Pardo en la brecha. No lo sorprendió en ella. La humilde tarea de un maestro rural en el internado de niños del lazareto de Agua de Dios, él la había escogido desde hacía ya largos años. Un día, muy poco antes de su fallecimiento, la tuvo que interrumpir. Lo hizo muy sencillamente. A un salesiano que lo visitó le dijo que se sentía agotado y que para no ser de peso a las Hijas de los Sagrados Corazones prefería irse a Bogotá para someterse a tratamiento médico y a un poco de descanso. No volvería ya a Agua de Dios porque el agravarse de su enfermedad no se lo permitió. Pero en los momentos de pasajero bienestar su exigencia era de volverse donde sus muchachos a reanudar sus cursos de religión. Su corazón, grande y generoso, estaba en la aparente pequeñez de su tarea, la del maestro rural humilde y escondido, la del consejero espiritual sencillo y a la mano, con la anécdota jocosa y el mensaje juvenil, profundo y fraternal. Es que el P. Roberto Pardo murió en su ley: estaba convencido de la grandeza de su vocación, del significado de su sacerdocio salesiano, de modo que sus últimos días fueron una síntesis de su existencia.

Y esta síntesis nos expresa de una sola pincelada la personalidad salesiana del P. Roberto Pardo. Es la definición vivencial del artículo 42 de nuestras Constituciones que nos trazan, en la herencia de Don Bosco, una de las principales características del ser salesiano: "El salesiano se entrega a su misión con actividad incansable. El trabajo apostólico es su mística, porque descubre su grandeza divina y su urgencia; también su ascética, porque acepta sus duras exigencias".

Ya en 1906, habiendo terminado un corto ciclo de estudios de Filosofía, el joven clérigo esgrimía en el León XIII de Bogotá las primeras armas de su apostolado: fervor y convicción. Brillante en la cátedra y, por lo tanto, a la altura del ambiente de letras de la época, supo ser sobre todo un profundo animador espiritual del ambiente. El período de sus estudios de Teología se alternaba con el trabajo emprendido y cuando Monseñor Bernardo Herrera Restrepo le impuso las manos para hacerlo sacerdote, la tarea apostólica iniciada ya no tuvo límites. Fue el mismo Colegio León XIII el que recibió las primicias de su sacerdocio durante todo un lustro. Enviado por los Superiores fue a trabajar por 8 largos años a Venezuela, donde se prodigó en las casas de Caracas y de Valencia. A su regreso a Colombia, estuvo de nuevo en el Colegio León XIII, luego en Medellín donde ejerció su primer directorado en el Colegio del Sufragio para pasar a Barranquilla, ciudad en la que de 1932 a 1937 fue director del colegio y párroco celoso de San Roque. Por otros tres años volvió como director al Sufragio en Medellín donde dejó huella imborrable, para retornar a Barranquilla en la que se le consideraba y quería como patrimonio de la ciudad: allá trabajó otros seis años. De 1947 a 1950 estuvo como director del León XIII en Bogotá y de allí fue trasladado al Teologado Internacional Salesiano donde, además de confesor de los que se preparaban al sacerdocio, era profesor de Historia y de Elocuencia Sagrada. Por entonces viajaba con frecuencia al Lazareto de Agua de Dios en búsqueda de los jóvenes más desafortunados, hasta que se quedó del todo como su maestro hasta la muerte.

Tan breve descripción no sólo no revela sino aprisiona la inmensa actividad del servicio salesiano del Padre Roberto Pardo. Pero queda el testimonio de tantos grupos que, ante la noticia de su fallecimiento, en las diversas ciudades colombianas y en la hermana tierra de Venezuela, hicieron explícitos recuerdos imborrables en expresiones de gratitud que resaltan el celo sacerdotal del infatigable trabajador salesiano.

SU SERVICIO A LA IGLESIA

Lo fue toda su vida. No es que se quiera hacer una dicotomía entre su acción salesiana y el servicio a la Iglesia. Nosotros los salesianos nos sentimos llamados "a vivir en forma más intensa el misterio de la Iglesia". Lo que deseo relatar es cómo el P. Roberto Pardo vivió lo que Don Bosco nos dejó como legado: la adhesión inconfundible a la Iglesia. Y el P. Roberto Pardo brilló por su conciencia eclesial. En su servicio a la Congregación se había adelantado, al superar un cierto enclaustramiento propio de la época y, en la línea de las prioridades específicas de nuestro carisma salesiano, amplió incalculablemente el radio de acción del colegio a las dimensiones de la acción educativa de la Iglesia.

Fue así como, en exigencias que fueron de ese tiempo, adelantó labor pionera en la consolidación de la Confederación Interamericana de Educación Católica (CIEC) de la que llegó a ser presidente: sin dejar las responsabilidades de su cargo de director salesiano, durante todo ese período el P. Roberto Pardo multiplicó su actividad en reuniones, viajes, etc. en las que se buscaba la concreción de una filosofía educativa de la Iglesia que respondiera a las necesidades emergentes de democratización de los sistemas escolares y que se concretara en una forma moderna y eficaz de presencia de la Iglesia en el mundo juvenil. Se catalizó así la inquietud de reflexión de las comunidades religiosas envueltas en el quehacer escolar sobre la imagen de Iglesia que tienen que ser en su actividad y sobre la solidaridad de la Iglesia con las necesidades del continente. Imposible medirlo, pero el influjo del P. Roberto Pardo, que vibraba de amor por la Iglesia y lo irradiaba, marcó pautas y consolidó metas de reconocida trascendencia.

El infatigable ministerio sacerdotal del P. Roberto Pardo tuvo una dimensión muy personal e inconfundible: era un apóstol de la palabra. Vivió con pasión su misión de predicador. Hablaba convencido de que era portavoz de la palabra divina. La Escritura Santa y la doctrina de la Iglesia eran sus fuentes. En todos los lugares donde trabajó quedó el recuerdo de su predicación. Los frutos los conoce Dios. Es elocuente la evocación que, al tenerse la noticia de su fallecimiento, escribió en la prensa barranquillera uno de sus exalumnos: "Varón erudito, gran pedagogo y sobre todo orador sagrado de primera magnitud. Su voz era la encarnación de la retórica, del discurso elocuente y arrollador. El púlpito de la iglesia fue escenario

por varios años de sus sermones que se convertían, por el arte de su oratoria, en fecundas exposiciones que penetraban en su auditorio de feligreses y alumnos, con fruiciones imperecederas e inolvidables. Orador a la usanza de los viejos clásicos de ese difícil arte, daba todo el vigor de su convicción a sus oraciones desde el púlpito y la cátedra, en lo cual lo acompañaba muy bien su personalidad de pastor de almas y persona de cultura exquisita. Sin duda, sus obras llevaban el sello del genio, pero del genio santo, humilde como todo siervo del Señor, del auténtico genio''.

De su amor por la Iglesia y del culto a la predicación dejó el P. Roberto Pardo un monumento en la compilación de los sermones de uno de los mayores y más profundos oradores sagrados de la iglesia colombiana, el Pbro. Carlos Cortés Lee. Con admirable paciencia recogió los manuscritos dispersos, los descifró, en muchos casos hubo de interpretarlos, y los salvó para la posteridad. Las letras colombianas recuperaron un incomparable tesoro que sin la labor del P. Roberto Pardo habrían perdido: así lo manifestaron y agradecieron académicos de la lengua y de la historia. Pero lo que impulsó fundamentalmente al P. Pardo a acometer la ardua empresa fue la resonancia que encontró en su alma la altura teológica y la profundidad doctrinal del P. Cortés Lee. La sensibilidad del hombre de Dios que era nuestro hermano dejó así para la Iglesia la condensación de toda una escuela de espiritualidad.

SU AMOR A DON BOSCO Y A LA CONGREGACION

Era proverbial. Sin duda alguna fue lo que más lo caracterizó. Y en esta dimensión el P. Roberto Pardo era polifacético como nadie: simple y llanamente desbordaba de amor por Don Bosco. Por eso pidió expresamente que se le enterrara con el libro de las Constituciones Salesianas en las manos. Quería así, como los salesianos que emprendieron el primer largo viaje misionero hacia América Latina, emprender el suyo, acompañado de Don Bosco, hacia la eternidad. Don Bosco estaba siempre en sus labios, nunca faltaba en su conversación, lo irradiaba en su predicación. Don Bosco era su padre y el P. Pardo se ufanaba de ser un hijo de Don Bosco.

De aquí su culto a la persona del Superior: para el P. Roberto Pardo el Superior era siempre el representante de Don Bosco. Y ante quien tenía el servicio de la autoridad deponía sus méritos, el valor de su experiencia, la prestancia

moral que le daban sus años, para volverse el más dócil y sencillo de los salesianos. La palabra del Superior era para él camino seguro. Su visita la recibía con ostensible alegría y la delicadeza de conciencia con que daba cuenta de todo lo suyo, hasta de lo más pequeño, realizaba el ideal de la pequeñez que pregonaba el Evangelio.

Igualmente su culto a la tradición: el P. Roberto Pardo representaba una larga página de la historia salesiana en Colombia. Esto era su gloria. Y evocaba con rigor histórico y con toda vibración fraterna los nombres de los salesianos de los primeros tiempos, los que habían vivido personalmente con Don Bosco y los que habían heredado directamente su espíritu. Todo lo confrontaba celosamente con esa herencia, como piedra de toque, para probar su autenticidad; y el desbordante optimismo con que miraba el futuro de la Congregación partía de su anclaje en la tradición recibida y de su fidelidad al camino trazado por Don Bosco. Intransigente hasta el "no pasarán" contra las posibles desviaciones de esta línea, para el P. Pardo el amor a Don Bosco era tradición vivida, conciencia de responsabilidad e historia iluminada y animada por el espíritu salesiano. Hermosa y sinceramente expresó, en el prólogo de su biografía del santo salesiano P. Enrique Heredia, un deseo que es un compendio de esta dimensión de su salesianidad: "Que estas páginas, y es mucho pretender, alcancen a forjar entre nosotros siquiera un anillo de esa cadena de oro que hoy nos estrecha con Don Bosco, con el Papa y con la Iglesia. Cadena sea ésta, que si es necesario porque los tiempos lo piden, tenga mayores extensiones y dimensiones, tenga fuerza también para abrirse y dilatarse y formar círculo mayor, pero sin salirse del centro que le señala la Providencia. Que nunca entre para nosotros esa palabra fatídica de reforma (...) sí la de renovación, la de progreso indefinido y constante a que en todo momento nos llama Jesucristo Hijo de Dios".

Cuando llegaron los documentos del Capítulo General Especial y las Constituciones renovadas a él se le dieron en primicia. Los recibió con gozo inmenso y desde entonces, hasta el fin de su vida, se convirtieron en su alimento espiritual. No se cansaba de leerlos, de elogiarlos y de pregonarlos. Sentía a la Congregación como Don Bosco vivo. Por eso se hacía presente en todos sus acontecimientos trascendentales. Lo tenía como un derecho adquirido, inalienable. Así, a pesar de su salud, en franca decadencia, tomó parte muy activa en el

Congreso Regional de Salesianos Coadjutores. Y, al estar ya completamente reducido por la enfermedad, cuando nos reunimos en Capítulo Inspectorial, el P. Roberto Pardo se hizo presente con el ofrecimiento de su vida por el éxito de las reflexiones capitulares y del compromiso de renovación que de ellas tendría que salir.

Había festejado el octagésimo octavo cumpleaños con la celebración eucarística. Luego se fue convirtiendo lentamente en hostia viva. Luchó contra la muerte y la aceptó consciente y sereno. Sus últimos días fueron todo un himno al amor fraternal vivido en la comunidad. Las frases postreras fueron una nueva profesión de su salesianidad. Se fue, de la mano de Don Bosco, a la pascua eternal.

Sentimos que su plegaria de bienaventurado nos sigue acompañando en nuestro compromiso con la misión salesiana. Su recuerdo y su ejemplo nos quedan como un estímulo para vivir en plenitud nuestro carisma salesiano.

Que el P. Roberto Pardo nos alcance del Señor en esta pascua formar un solo corazón y una sola alma.

Mario A. Jiménez R., SDB.
Provincial.

ARTES GRAFICAS "CENTRO DON BOSCO"

Av. "ELDORADO" Cra. 66.
Bogotá Colombia

